

Diario de Eñe

Rafael Chirbes

Textos ventaneros

Del 3 al 14 de julio de 2009

3 de julio

A veces pienso que, si escribo algo que se parece a un diario, y lo hago a mano, y no en la pantalla del ordenador, es nada más que para poder utilizar los cuadernos y plumas que compro. Los escaparates de las papelerías y las —hoy inaccesibles: llevo tres años en crisis— tiendas de estilográficas son los únicos templos del consumo que me han atraído. En Sacristán, en la madrileña calle Mayor, me he dejado unos cuantos sueldos, comprando plumas que me empeño en llevar encima a todas horas hasta que acabo perdiéndolas: atracción fatal. A cada pérdida le sucede un pequeño terremoto doméstico: busco desesperadamente en los bolsillos de las chaquetas, en las maletas y en las mochilas; registro los cajones que no he abierto desde hace meses; inspecciono bajo mesas, armarios y camas. Me cuesta aceptar que ha vuelto a abandonarme la que yo creía compañera inseparable.

Llenar, utilizando la estilográfica, las páginas de un cuaderno, de noche, tarde, en el silencio de mi casa, habitante exclusivo del mundo, me aporta un tipo de sentimientos de esos que ponemos en el campo semántico de la felicidad, a pesar de que dicha escritura resulte más bien poco provechosa. En primer lugar, porque soy de los que para ajustar una frase coherente necesito escribirla diez o doce veces (qué difícil es el viaje de la cabeza al papel, lo dijo Kafka), borrar, romper, reintentar: o sea, que estos cuadernitos expresan algo más parecido al vagido de un niño que a lo que entendemos por un texto. Sirven como borradores, sin que tampoco a la hora de cumplir esa tarea resulten un soporte firme: soy torpe, así que no es infrecuente que

se derrame sobre ellos algún vaso de agua o alguna taza de café y se lleve consigo unas cuantas frases, algún párrafo; a veces, páginas enteras. Las tintas contemporáneas son —signo de los tiempos— debiles (lo tengo comprobado). *Last but non least*: tengo una letra espantosa, que no consiguieron corregir la infinidad de ejercicios en los pautados cuadernos de caligrafía a que me obligaron los maestros. Cuando, pasados unos días, intento releer lo que he escrito, no pocas veces resulta que no entiendo lo que pone. O sea, que escribo a pluma y en cuadernos por el puro vicio de hacerlo, a pesar de que lo cómodo y razonable es escribir y corregir en la pantalla del ordenador.

5 de julio

La afición por las estilográficas y los cuadernos revela quizá misteriosos estratos del Peter Pan que me acompaña, melancolía de infantiles plumieres de dos pisos, del olor de tiza y tinta de la primera escuela que pisé; añoranza de las libretas que usábamos para la caligrafía, que tan mal se me dio y se me sigue dando. En cuanto viajo, busco las buenas papelerías en las ciudades que visito y compro cuadernos que no quiero que se me queden sin usar, y en los que anoto frases que tomo de los libros que leo, o alguna idea que se me ocurre. Cuando no estoy escribiendo ninguna novela, me hago la ilusión de que los cuadernos se convierten en pequeños depósitos que se van llenando con el combustible que la alimentará; desordenados almacenes de materiales: una vez vampirizados, descuartizados, tazados y picados, gran parte de su contenido se traslada al nuevo libro, y lo que se salva de ellos queda como testigo de manipulaciones vergonzosas: no muestro ningún escrúpulo en arrancarles decenas de hojas; o en romperlos o quemarlos en la estufa una vez que se han quedado exhaustos. Consiguen el indulto los que guardan notas que aún no han encontrado sitio en las novelas. A esos viejos cautivos que todavía duermen sobre la mesa, o encerrados en cajones, van añadiéndoseles los flamantes recién comprados y garabateados, con los que se repite el fugaz idilio, siempre representado con el mismo *atrezzo*: la noche en calma, el susurro del plumín sobre el papel, la tinta fijándose mientras le cambia suavemente

el color, ese gozo que no puedo permitirme al escribir novelas. Las novelas no toleran esas artimañas seductoras. Me tratan con el rigor de los amores estables, son esposas exigentes. Nacen en esa incómoda cama de fakir que guardan las alcobas conyugales, o en un duro banco de galeote; y también surgen de retorcidos esfuerzos los artículos que me encargan, desabrida tarea aplazada hasta el último momento: no hay placer (ni noche en calma, ni nada que se le parezca) cuando escribo algo que ha de airearse a plena luz del día, la escritura de uso público: ni siquiera hay cuadernos y estilográficas. La frialdad de la letra de la máquina de escribir (antes) y del ordenador (ahora) me ha permitido buscar una voz que sólo he llegado a creerme cuando me ha parecido escritura de otro. No me fio de mi letra, porque desconfío de mí.

8 de julio

Ayer, invitado en Segorbe por la Fundación Max Aub, para participar en una mesa redonda sobre el exilio de la postguerra española: como es un tema que imagino que los demás participantes conocerán mejor que yo, me preparo un texto sobre el paisaje que quedó, tras su marcha, en el interior, que fue el que yo tuve ocasión de vivir y padecer. Me gustaría incorporar el texto en el libro que le entregué a Herralde y que quiero titular *Por cuenta propia*. En él cuento cómo, siguiendo el principio de Arquímedes, el hueco que aquellos hombres habían dejado en la cultura, en la ciencia, en la política, en el trabajo, fue muy pronto colmado por los vencedores. A medida que pasaban los años, aquellas voces del exilio ya no encontraban espacio, porque los que tenían el espacio eran los otros, y lo tenían todo entero. Parodiando a Aub, eran suyas las piedras de Xàtiva y las de Salamanca. Max Aub lo vio muy bien: ya no se trataba de un país mutilado, sino de un país corrompido.

Esta tarde, de vuelta a casa, busco lo que anoté hace un año, durante mi anterior visita a la ciudad de Segorbe y a la Fundación, y me encuentro con un texto que tiene que ver con el tema de Peter Pan al que aludí días atrás. Decido reproducir esas notas aquí. Dicen así: «Sobría jornada de resaca. Me hubiera gustado visitar la catedral de Segorbe para ver las tablas de Macip que tanto admiro, que tanto me hacen disfrutar y cuyas

maneras me recuerdan las de los mejores renacentistas italianos (son Rafael en el dibujo: cuellos, peinados, tocados, perfiles, parecen sacados de un cuadro de Rafael, pero también están Leonardo y Miguel Ángel: están todos ahí dentro de ese retablo, está la delicadeza de Macip), volver a ver el extraordinario relieve en mármol de Donatello. No creo que puedan contemplarse en ningún otro sitio de España (el Prado aparte) pinturas renacentistas de tanta calidad como las que exhiben aquí. Bueno, pues quería haber ido a verlas, porque, además, me habían dicho que iba a mostrármelas un muchacho muy documentado; y lo que he hecho ha sido quedarme a oscuras en la habitación del hotel, ciego y sordo, inútil, un trapo abandonado. Ni siquiera he salido para comer. Para matar el tiempo (como si él no se matara solo, no nos matara), me he puesto a leer los *Viajes con Herodoto*, de Kapuscinski. Un detalle nimio ha quebrado el malhumor: a media tarde he entrado descalzo en el baño y el contacto con el frío de las baldosas me ha devuelto al almacén de siempre, en el que tiendo a poner esa felicidad que no existió nunca: me ha vuelto el placer que sentía cuando jugábamos con el agua fría que extraíamos del pozo, el de sumergirme en el lavadero al aire libre que había junto al pozo (el *safareig*, decíamos en valenciano), el olor del agua acabada de salir de dentro de la tierra, y que se metía por la boca, taponaba los oídos, empañaba los ojos. En aquel lugar, blanqueado con cal, cubierto por emparrados de galán de noche y jazmín, siempre se estaba fresco, incluso en las asfixiantes tardes de verano en las que soplaban el desagradable *lleveig* que lo secaba todo. Un húmedo útero protector: dolía salir de él, el contacto con el aire caliente de la tarde, la exposición a los rayos del sol. Esta tarde me ha llegado en el baño de una habitación de hotel el verano de entonces, la sensación de aguardar misterios deseables y temidos que impregnaba aquellas tardes cargadas de confusos deseos. Al notar en la planta de los pies el frío de las baldosas he vuelto a ser un niño que corretea a la hora de la siesta entre los cañaverales de los cercanos caminos que desembocan en el mar, o que se mueve sigiloso en la penumbra de una casa que se defiende del calor —ventanas entornadas, persianas bajadas— que la asedia. Fuera, la luz cegadora del sol, el despiadado General Verano que se apodera de todo: tejados, muros, baldosas

de patios y aceras, adoquines. Es tan intensa la luz, que lo vuelve todo blanco, como en una foto quemada, y, en una reacción inversa, disuelve el aire en una infinidad de puntos oscuros, vibrantes, que impiden que uno pueda fijar la vista sobre ningún objeto sometido a su dominio. A resguardo de esa luz implacable, un niño corretea por el pasillo con los pies descalzos y nota el frescor de las baldosas en contacto con la planta de los pies».

12 de julio

La otra noche me perdí entre cuadernos y estilográficas cuando lo que quería contar era otra cosa. Iré hoy al grano. Me han pedido desde la revista *Eñe* que les pase algunas páginas de los cuadernos, diarios, o lo que sea que escribo para mi propio uso. Consecuencia inmediata: en cuanto acepto el reto, me bloqueo. Me quedo en blanco con la pluma en alto (ese cuadro que representa a Teresa de Jesús, pluma de ganso en mano. Creo que es de Ribera); abajo, el folio virgen se tiende amenazador; y en torno a mí ha desplegado sus oscuras y enormes alas el pánico: ha llegado la hora de regresar a mi puesto en el banco de los galeotes. Pienso: acabo de renunciar al placer de escribir en libertad. ¿Por qué se me ha ocurrido hacer eso? De momento, ¡todo el mundo a los remos! Ni plumas ni cuadernito, ni siquiera un mazo de folios. La luz fría del ordenador vigilándome durante toda la noche. Se quiera o no, una cosa es escribir a vuela pluma en cuadernos que tienen vocación de combustible para el fuego literario, o que están destinados a desaparecer en una pirámide sellada como la que se tragaba el cuerpo embalsamado del faraón; y otra muy distinta, hacerlo para el público de *Eñe*, al que supongo exigente. De momento, *desaparecerán* durante estos días las alusiones a la sequía, que tanto frecuentan mis escritos privados: todos esos no escribo, soy incapaz de poner una palabra detrás de otra, tampoco hoy he añadido una línea, o me equivoqué de oficio, no tienen cabida en unos textos que se van a publicar. La autocompasión, el pavor ante la página en blanco, parecen sentimientos poco pudorosos para sacarlos del ámbito de la estricta intimidad. El lector puede decirte que, si esos son los mimbres con los que haces tus cestos, por qué no cambias de profesión. Si no puedes poner una frase detrás de otra, ¿por qué no pruebas con los tornillos, o con los cables?

¿Se puede saber para qué se escriben cuadernos en los que se anotan cosas así y que no tienen como destino a nadie que no seas tú? No está tan clara la cosa. El destinatario de los cuadernos íntimos de un escritor es un ente confuso, resbaladizo. Yo creo que los cuadernos íntimos son textos anfibios, que son y no son sólo para consumo de uno mismo; textos que, se quiera o no, nos parecen poco de fiar porque tienen tendencia a escaparse de casa; escritos ventaneros, que, en cuanto te descuidas, dejan la penumbra doméstica para exhibirse en el balcón. La muchacha que se acicalaba en los años cincuenta para ir al baile, y luego se hacía de rogar cuando alguien pretendía sacarla a la pista. Entonces, ¿tú a qué vienes?; entonces, ¿para qué te has vestido así? En sus *Cuadernos de todo*, Carmen Martín Gaité (a ella le debo esa palabra, *ventanera*) transmite la idea de que los ha escrito porque lo que uno no se para a pensar y no se ocupa en dejar por escrito, se desvanece, se evapora: no ha existido. Fijar, dejar constancia, hacer que las cosas hayan ocurrido es la finalidad que ella propone para sus cuadernos íntimos, que, por cierto, nunca publicó, pero de cuyo contenido sacó materiales para sus libros. Yo mismo relleno desde hace años cuadernos con ese propósito: cazar, capturar, ordenar las ideas para que tengan existencia, y, como ya he dicho, almacenar materiales para mis libros. Pero los cuadernos de la Gaité eran cuadernos de limpio. Estaba ya compuesta, bien redactada la frase en algún otro lugar antes de llegar a ellos, y, en cambio, yo escribo más bien a vuela pluma, casi como en eso que tanto odio que son los diarios psiquiátricos, o, algo aún más odioso, la escritura automática. Por oposición a los de la Gaité, que tanto admiro, podría decir que los míos son cuadernos de sucio, materia en bruto que habría que trabajar. Como creo que viene al caso, anoto una frase de Carson McCullers que Rodrigo Fresán incluye en el prólogo que ha escrito para la reciente edición de los cuentos de la narradora americana: «La escritura no es sólo mi modo de ganarme la vida; es como me gano mi alma», decía la McCullers. En ese caso, ¿la escritura pública tendría relación con lo de ganarse la vida; y los cuadernos íntimos servirían para, en la soledad de los ritos nocturnos, salvar el alma? Al fin y al cabo, el silencio que exige la escritura es pariente cercano del que reclaman los místicos para sus meditaciones; incluso me atrevería

a decir que la escritura es una forma de oración, aunque sea oración laica. Pero lo que la McCullers nos dice es que salva el alma con su escritura, aunque se gane la vida con ella: la salvación de su alma está en buena parte en manos de sus lectores. Pero no es éste el caso. Hablamos de escrituras teóricamente secretas. Quizá aquí vendría más al caso lo que dice Ciorán: «Cuando estoy solo estoy completo y cuando estoy con los otros no estoy completo». Es una frase hermosa, emocionante. Los diarios te darían la posibilidad de escribir para encontrarte contigo mismo, sin que ni siquiera te turbe el ruido de un posible lector. Sí, me digo. Algo de eso hay; yo también siento muchas veces eso que él dice que siente: los cuadernos que escribo a vuela pluma, si bien no me salvan el alma (irremisiblemente perdida), me proporcionan una sensación de plenitud que me hace buena falta. Pero, en este mismo momento, a medida que anoto la frase, resulta que tampoco me la creo: ¿qué es eso de estar completo?, ¿qué quiere decir tener sensación de plenitud? Escribir para ordenarte tú mismo. ¿Acaso se escribe alguna vez para otra cosa? Pero ordenas lo de dentro para saber cómo enfrentarte con lo de fuera, y aquí no estoy hablando de notas, apuntes o diarios de aventureros, de grandes viajeros, de descubridores o de científicos expedicionarios que necesitan dejar testimonio de las cosas sorprendentes que han visto, y vuelven a casa cargados con un montón de papeles en los que detallan las coordenadas de los lugares visitados, y que incluyen muchos mapas y dibujos de plantas y animales hasta ese momento desconocidos. Los cuadernos de esos grandes viajeros están cargados de sentido práctico: hechos para dar a conocer, han cambiado las ideas sobre el mundo, han abierto a los científicos territorios enteros. Pero, ojo, se nos dice y nos decimos, hay otros territorios en vías de exploración: Montaigne nos enseñó que dentro de un hombre también hay paisajes que merece la pena recorrer: grutas, playas, ríos de dentro. Montaigne viajó a Italia y dejó unos cuadernos de apuntes de gran amenidad, pero por los que no hubiera pasado a la historia de la literatura. Su gran viaje fue al interior de sí mismo. Y también Rabelais viajó al interior del hombre, aunque lo hiciese de otra manera. Él era más corpóreo, un consecuente médico que dedicó

su novela a borrachos y sifilíticos: cuando, en cierto momento del libro, un personaje se introduce en la boca del descomunal Pantagruel, se encuentra allí dentro con un hombre que planta coles, y al que, cuando le pregunta para qué demonios las planta, más bien se enfada por la estupidez que muestra el curioso: para qué va a ser, para venderlas. Pero, ¿dónde va a venderlas? Pues, dónde va a ser, en la ciudad que hay aquí al lado. Es de sentido común. Los lectores de Rabelais descubrimos atónitos que en la boca de Pantagruel hay un mundo: olas de saliva, amplios lagos, extensas praderas, montes de marfil, sólidas ciudades, y en el que los labriegos cultivan sus verduras y comercian con ellas en la ciudad más próxima. Uno se imagina lo que puede haber más allá de la garganta de ese corpachón. Hay mucha gente que piensa que los cuadernos íntimos serían los dietarios de los exploradores que viajan dentro de sí mismos: la descripción de sus excursiones por los territorios interiores, su particular informe acerca de los accidentes descubiertos en esas fatigosas expediciones (Jünger no lo tenía tan claro; en sus diarios no para de sonar el cañón, y lo hace al aire libre de los desolados campos de Europa). Ya sabemos que el interior del ser humano resulta inagotable. Ejércitos de escritores se han perdido por ahí dentro, en esos parajes tan poblados como sombríos que llevamos con nosotros. Una verdadera pena. Alguien debería inventar un método para rescatarlos, sacarlos de nuevo a la luz, devolvérmolos. Que ellos mismos se den cuenta de que, en estos mundos de fuera, igual que en la boca de Pantagruel, también se cultivan y comercian las cosechas de coles.

14 de julio

Pero, como dicen los franceses, volvamos a nuestras habichuelas. Con la idea de escribir una charla que debo tener a punto para el primer día de octubre, llevo meses releyéndome a Cervantes (animado por los resultados, creo que voy a atreverme incluso con *La Galatea*, que al principio había descartado). Se lo digo a todo el mundo. Me preguntan, ¿estás escribiendo algo? Y como no estoy escribiendo nada —llevo más de dos años sin escribir nada—, para defenderme, o para tranquilizarlos, para que no me den por perdido y amortizado como escritor, les cuento

que estoy leyéndome a Cervantes, que es algo que suena siempre provechoso, y parece que transmite la idea de que sigo enredado en la alta literatura. Les explico que estoy muy ocupado (no es verdad, dormito, me angustio en vano durante la mayor parte del día, busco dónde he dejado las gafas, que han vuelto a desaparecer) y les comento que, para completar el retablo cervantino, he vuelto al Lazarillo, a Quevedo, al desdichado Guzmán; me estoy leyendo los extraordinarios trabajos de Américo Castro, los de Martín de Riquer, Azaña, Canavaggio, Valera, etc. Incluso he ido releuyéndome las páginas que le dedican al escritor los historiadores de la época (Pierre Vilar: su excelente artículo *El tiempo del Quijote, Bataillon...*). Item más, con la excusa de Cervantes, he vuelto a acercarme al imponente *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en tiempos de Felipe II*, de Ferdinand Braudel, uno de los libros que me han acompañado durante toda la vida, y que encuentro más admirable a cada lectura: de esos que uno echa de menos vivir más años para poder leerlo más veces (te pasa con Proust, con Balzac, con Musil. Lo piensas, piensas eso de que ni los ríos ni la vida corren hacia atrás, te dices: no creo que vuelva ya a leerme *El hombre sin atributos*, y te acongojas).

Si por cada vez que, durante estos meses, le he explicado a alguien lo que estoy haciendo y lo que pienso hacer con Cervantes, me hubiese sentado ante el ordenador y hubiera escrito un par de líneas, tendría un tomito de buen tamaño, pero lo cierto —y puedo confesarlo en estos cuadernos, porque son secretos— es que aún no he conseguido hacer nada. Sigo en *stand-by*, acampado con mi petate de lecturas ante la imponente fortaleza; porque Cervantes, más allá de la sobrecarga de críticos y exégetas que soporta su obra, es eso: una fortaleza inexpugnable. Pueden parecerle más o menos flojas sus obras de teatro o sus poesías, estupendos sus Entremeses y varias de sus Novelas Ejemplares; pueden darte vértigo el Quijote y el Persiles (sí, el Persiles; a la tercera va la vencida; confieso que esta nueva lectura —hecha desde la altura [¿o desde el fondo?] de los sesenta años— me ha descubierto un libro fascinante, cargado de melancólica sabiduría, de amargura, y desbordante de sentidos); digo que puedes tener opiniones variables acerca de la importancia de cada una de sus

obras, pero, cuando te detienes a pensar en lo que llevas leído, te das cuenta de que el conjunto resulta apabullante. Ahora, tras el repaso general, me parece mezquino trocearlo, defender unos textos y rechazar otros, porque cada uno de sus escritos (¡incluidos los estremecedores prólogos!) pone una tesela en la construcción del mosaico de su tiempo. En Cervantes está entero el mundo que le cupo en suerte vivir; la tela de araña de su escritura lo ha capturado así, completo. Hasta el peor de sus escritos (supongamos que sea *El rufián dichoso*) contribuye en la tarea de empastar ese trabajo de captura total, en completarlo; rellena algunos huecos o recoge flecos, añade nuevos sentidos, matices de perspectiva. Nada le es ajeno a nuestro escritor: ni lo de dentro del ser humano (esos paisajes íntimos en los que ayer decía que tantos se extravián: pasiones, celos, envidias, frustraciones), ni la agitación de la historia, grande y pequeña, la del ruido de los cañones, y también la callada intrahistoria de la que hablaba Unamuno. Cuando concluyes la lectura de la obra de Cervantes descubres que ante ti han pasado las llanuras de La Mancha, pero también la agitación de los caminos en una época convulsa; la vitalidad de las grandes ciudades de la península Ibérica y de Italia, sin excluir los ambientes más turbios: Sevilla, Lisboa, Valladolid, Toledo, Barcelona, Valencia, Florencia, Bolonia, Roma, Nápoles (vale la pena ver la larga descripción de ciudades italianas que brinda el Persiles), pero también Estambul y Argel, y esos imanes de vidas y conflictos que son las islas del Mediterráneo, y Flandes; o la agresiva Inglaterra que lucha cruelmente por el relevo imperial (aparecen Inglaterra y sus piratas en varias narraciones, y se anuncia la decadencia de España en el poema dedicado al saqueo de Cádiz; en Londres se desarrolla alguna de sus novelas que recogen el tema). Se ha valido Cervantes de cartografías de los geógrafos de la época para ofrecernos los nebulosos paisajes de Dinamarca e Islandia, los helados mares nórdicos («Historia setentrional», subtítulo el Persiles); y ha recurrido a la cartografía de su propia cabeza para ofrecernos territorios fantásticos en los que, como en los territorios reales, el hombre se debate entre la amagura cotidiana y la añoranza de una luminosa edad de oro. Atrapado en la tela de su escritura aparece el tentador telón de las Indias. El propio Cervantes echó algunas instancias para encontrar un puesto allí con el que ganarse la vida

y obtener cierta posición, porque a las Indias acuden en busca de oportunidades, y encuentran refugio, los desgraciados; allí buscan escondite los criminales; en *El celoso extremeño*, nos cuenta Cervantes el fracaso de un indiano que ha vuelto enriquecido, y que cree poder comprar la paz para su retiro, sin tener en cuenta que en este mundo todo es inestable, variable, que «los trabajos y peligros no solamente tienen jurisdicción en el mar; sino en toda la tierra; que las desgracias e infortunios así se encuentran sobre los levantados sobre los montes como con los escondidos en sus rincones. Esta que llaman fortuna (...) sin duda alguna debe de ser ciega y antojadiza». Sobre todo, y ese es un concepto profundamente cervantino, nuestro extremeño desconoce que la felicidad no está en el mucho desear, sino en ajustar razonablemente posibilidades y necesidades. En la obra de Cervantes, resuenan las guerras de Italia, las que se desarrollan contra el turco, asistimos a episodios del corso que castiga las rutas americanas y, muy especialmente, al que ensangrenta el Mediterráneo, del que él mismo fue víctima cuando lo capturaron en el sur de Francia; pero llegan ecos también de las guerras europeas, o de las que enfrentan a cara de perro España con Inglaterra. Está, muy especialmente, esa interminable galería de personajes de todas las capas sociales, de todas las profesiones, y de un montón de países que atraviesan sus obras de teatro, sus novelas. Sería interesante contar con un censo de ese mundo (seguro que existe, alguien tiene que haberlo hecho; de Cervantes lo han estudiado todo: sigue incólume, sin dejarse capturar). El erudito Jean Canavaggio, refiriéndose a los personajes que aparecen en el Quijote, dice que Cervantes despliega «todo un abanico de edades y condiciones: aldeanos y pastores, actores en gira, moriscos clandestinos, bandoleros, hidalgueros de aldea, gentilhombres catalanes, grandes señores rodeados de toda la gente de su casa, toda una comedia humana desfila ante nuestros ojos como para anclar mejor la acción en la realidad cotidiana y acrecentar la impronta de lo vivido». El milagro de los personajes de Cervantes es que siguen resultándonos familiares a los lectores de hoy día, tenemos la sensación de que los estamos viendo, sabemos cómo se mueven, oímos su voz, los olemos (¿o no nos trae el Quijote un repertorio de olores? A mí, al menos, me lo parece), porque los traza

un maestro insuperable en el manejo de esa cualidad —hoy bastante desprestigiada entre las elites— que tiene la literatura para regalarnos la impresión de vida. Cervantes crea la novela moderna, precisamente porque ha creado personajes cargados de verdad y sentido, y se busca entre ellos, se interroga en el espejo de cada uno de ellos: ni los halaga, ni busca ponerse por encima, nadie es más que nadie y cada uno es como es: sabe que el escritor no es uno u otro personaje de sus novelas, sino el interrogante que crece al moverse entre ellos; el escritor se busca a sí mismo abriéndose paso entre las razones de los otros, inquiera su forma de conducta entre las conductas ajenas, bracea en el mar de las opiniones de su época, entre las ideas en liza, en busca de las suyas; y, como no podía ser de otra manera, puesto que se busca a través de la escritura, en ese buscarse acaba teniendo que debatir con los estilos literarios del momento, con todos los modelos que se le ofrecen: se abre paso a través de todas las representaciones del mundo inventadas por sus contemporáneos porque sabe que no le vale ninguna de las respuestas dadas, no hay fórmulas. Quien quiera contar su tiempo tiene que encontrar cómo contarle: yo creo que —recogiendo las palabras de la McCullers— ésa es la forma en que el escritor gana su alma.